





LA LITERATURA LATINOAMERICANA COMO PROCESO: LATINOAMERICANISMO A LA HORA DE LAS DIFERENCIAS

Latin American Literature as Process: Latin Americanism in the Face of Differences

Facundo Gómez¹  

¹ Universidad de Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

La literatura latinoamericana como proceso (1985), coordinado por la intelectual chilena Ana Pizarro, recupera las intervenciones de diversos autores en una reunión de expertos celebrada en Campinas hacia 1983. El encuentro se propuso diseñar una nueva historia de la literatura latinoamericana que tomara en cuenta las transformaciones del campo de estudio. El examen del libro revela las tensiones entre la reivindicación de la unidad postulada por el latinoamericanismo y una comprensión cabal acerca de la diversidad cultural de América Latina, expresadas en tres agendas críticas que estructuran sus hipótesis y proposiciones. La agenda identitaria queda cuestionada por las diferencias culturales, mientras que la modernizadora apuesta por el comparatismo como herramienta metodológica renovadora. Por último, la agenda heterogénea emerge como el principal aporte de la obra: las hipótesis sobre literaturas caribeñas y producción indígena plantean una apertura del corpus literario, más allá de la tradicional esfera culta, letrada y escrita en español. El análisis de las agendas, entonces, ilumina el modo en que la crítica literaria local buscó nuevas maneras de construir, pensar e indagar la literatura latinoamericana hacia principios de los ochenta.

Palabras clave: literatura latinoamericana; crítica literaria; historia literaria; heterogeneidad cultural; Campinas.

ABSTRACT

La literatura latinoamericana como proceso (1985), coordinated by the Chilean intellectual Ana Pizarro, compiles the contributions of various authors in an expert meeting held in Campinas around 1983. The meeting aimed to design a new history of Latin American literature that considered the transformations in the field of study. The analysis of the book highlights tensions between the pursuit of unity proposed by Latin Americanism and a comprehensive understanding of the cultural diversity of Latin America, expressed through three critical agendas that structure its hypotheses and propositions. The identity agenda is challenged by cultural differences, while the modernizing one advocates for comparativism as a renewing methodological tool. Finally, the heterogeneous agenda emerges as the main contribution of the work: hypotheses about Caribbean literatures and indigenous production propose an expansion of the literary corpus beyond the traditional cultured, literate sphere and Spanish-written literature. The examination of these agendas reveals how local literary criticism strove to explore novel approaches in constructing and contemplating Latin American literature in the early eighties.

Keywords: Latin American literature; literary criticism; literary history; cultural heterogeneity; Campinas

Fecha de Recepción	2024-01-12
Fecha de Evaluación	2024-04-24
Fecha de Aceptación	2024-05-29

INTRODUCCIÓN

La literatura latinoamericana como proceso es un clásico en los estudios sobre nuestras letras. El tomo reúne intervenciones de algunas de las principales voces de la crítica latinoamericana de la época y expresa debates cruciales sobre la historiografía y la producción literaria locales. Publicado en 1985 y coordinado por la intelectual chilena Ana Pizarro, el libro ha circulado de manera prolífica por espacios e instituciones y se transformó en una cita frecuente en bibliografías de artículos, tesis, materias y seminarios.

Devenir clásico conlleva varios riesgos. Uno de los más frecuentes es cierta lectura rápida, despojada de cuestionamientos y problematizaciones, acaso gatillada por el uso instrumental de quien abre el texto en busca de citas o bien por el carácter introductorio de su lectura como puerta de acceso para quienes se inician en sus artículos académicos sobre la materia. En todo caso, es posible comprobar la falta de trabajos que tomen a *La literatura latinoamericana como proceso* en tanto objeto de estudio. Tal es el objetivo de las páginas que siguen: iniciar un proceso de indagación, dado en el marco de una investigación posdoctoral¹, que aborde la obra como un hito de la crítica literaria latinoamericana, en el que se pueden identificar cambios, tensiones y revisiones esenciales acerca del modo de pensar y estudiar las letras y la cultura de la región.

El trabajo se inicia con una caracterización general del volumen y un repaso por los principales testimonios sobre su significación. Luego, se abordan específicamente sus operaciones críticas más relevantes; aquellas que retoman, cuestionan o reformulan aspectos sustanciales de la tradición latinoamericanista a partir de una captación trascendental de la diversidad cultural de la región. El consecuente análisis se organiza a partir de cierta idea acerca de las “agendas” de la crítica latinoamericana, postulada por Antonio Cornejo Polar para pensar las etapas de un “proyecto epistemológico” fraguado en los setenta, en el que *La literatura latinoamericana como proceso* participa de manera decisiva y destacada.

¿En qué sentido se puede hablar de la obra como “hito” de la crítica? En principio, por su matriz coral y su intención programática. *La literatura latinoamericana como proceso* no es una mera compilación de ensayos, sino el registro de una reunión de expertos, celebrada en Campinas, Brasil,

¹ El proyecto se titula “Latinoamericanismo en debate: tensiones y transformaciones de la crítica literaria en los años ochenta”. Radicada en el Centro de Historia Intelectual, de la Universidad de Quilmes (Argentina), bajo la dirección de Ximena Espeche, la investigación es llevada adelante gracias a una beca del CONICET e indaga los desplazamientos y reformulaciones que el discurso crítico latinoamericano experimenta por esos años, a partir de disruptivos diálogos transdisciplinarios y ante nuevos escenarios históricos, culturales, políticos y culturales.

en octubre de 1983. El encuentro, convocado por Ana Pizarro, tenía como objetivo elaborar un diseño posible para una historia de la literatura latinoamericana, una tentativa que fue adoptada por los involucrados como la oportunidad de actualizar los estudios sobre el desarrollo de las letras en la región y renovar la mirada historiográfica disponible. La enunciación plural y el anhelo por reescribir la historia de la literatura local construyen un nosotros que puede ser entendido como “latinoamericanista”: un sujeto intelectual colectivo que opta por el examen y la reflexión sobre un aspecto específico de la realidad regional, a la vez que reivindica su inserción en las mismas problemáticas que atraviesan el objeto de estudio y en una tradición que ha anudado la lectura literaria con la militancia en pos de la unidad y la autonomía de la cultura latinoamericana.

En este sentido, es preciso vincular la obra con otro volumen representativo, editado en la década anterior: *América Latina en su literatura*, coordinado por Carlos Fernández Moreno (1972), un tomo que abre la serie de publicaciones “América Latina en su cultura”, auspiciada por la Unesco y publicada por Siglo Veintiuno. El libro también deriva de reuniones de expertos, presenta las firmas de muchos de los críticos más relevantes de época y se despliega como un claro exponente del latinoamericanismo, en tanto conjuga la autoafirmación cultural con una apuesta por la integración regional. En este sentido, en la introducción, escrita por Fernández Moreno, se señala que los estudios compilados están guiados por dos “enfoques fundamentales”: la idea de América Latina como unidad de Estados nacionales y el abordaje del fenómeno histórico desde una perspectiva contemporánea, atenta a los debates actuales. La asunción de la coordenada enunciativa es clara, tal como se lee en el texto, cuando el autor indica:

El carácter de autorreconocimiento que el estudio asume, lo priva de la visión acaso más objetiva que podrían aportar los críticos exteriores a la región. La consideración de América latina como un todo obliga a dejar de lado o por lo menos a disminuir la tensión sobre las características más localizadas. [énfasis agregado] (Fernández Moreno, 1972, p. 13)

La cita expresa coincidencias entre uno y otro proyecto: la adopción de la literatura de la región como objeto de estudio privilegiado en función de cierta idea de América Latina, así como también la construcción de una enunciación colectiva situada y comprometida con la integración. En simultáneo, el fragmento ilumina una notable diferencia: si hacia 1972 es todavía posible construir un panorama de las letras locales desde la certidumbre de una unidad cultural cuyas diferencias específicas no vulneran su comprensión totalizadora, hacia 1983 la cuestión de la diversidad motiva una revisión raigal de los modos de conceptualizar e investigar la historia de la literatura.

Se puede afirmar como hipótesis inicial que el carácter de parteaguas de *La literatura latinoamericana como proceso* reside en este punto: las reuniones de Campinas problematizan, de manera exhaustiva y a través de un balance autocrítico, este latinoamericanismo centrado en la identidad y la articulación de Estados nacionales. La diferencia reside en que las propuestas de 1983 están guiadas por la percepción de una necesidad urgente: una reformulación teórica y metodológica integral, en virtud de cambios históricos, transformaciones disciplinares y, sobre todo, por la aprehensión decisiva de la heterogeneidad cultural de América Latina. Tal diversidad cuestiona la noción de unidad y demanda una reflexión más detenida sobre cómo pensar en conjunto un panorama de creaciones marcado por asincronías, traducciones, conjunciones y desplazamientos.

LA LITERATURA LATINOAMERICANA COMO PROCESO: LEGADOS, TESTIMONIOS, AGENDAS

La literatura latinoamericana como proceso se inserta en un proyecto de largo plazo, dirigido por Ana Pizarro desde mediados de los setenta. En otro trabajo (Gómez, 2021), hemos esbozado una historización del emprendimiento, que se extiende desde los primeros borradores consignados por la autora en París hasta la publicación en São Paulo de los tres grandes tomos que conforman *América Latina: palavra, literatura e cultura*, editados entre 1993 y 1995. En el medio, se encuentran dos reuniones de expertos: la de Campinas y una anterior, celebrada en Caracas hacia 1982.

Walter Mignolo (1994-1995) se ha detenido en el proceso que va desde los primeros encuentros de los ochenta a los volúmenes de la década siguiente y ha resaltado que el trabajo de los críticos deriva en una progresiva apertura del objeto de estudio. Por otra parte, María Teresa Gramuglio (2013), al abordar las propuestas metodológicas de *La literatura latinoamericana como proceso*, plantea una lectura disímil, ya que su texto no tiende lazos entre los debates de Campinas y los tomos brasileños, sino que pondera de manera positiva exclusivamente las proposiciones del libro de 1983. Según la autora, las elaboraciones presentes en la compilación perviven como un “proyecto inacabado”, que interpela al comparatismo latinoamericano contemporáneo.

Otros dos aportes de Ana Pizarro son indispensables para situar el libro en una red de sujetos, instituciones, tópicos y tradiciones que lo conforman. Uno es la entrevista realizada por Claudio Maíz (2013), de la que se extraen algunos elementos de relieve para reconstruir el origen y los avatares del proyecto. El otro aporte es *El sur y los trópicos* (2004), un conjunto de ensayos en cuyo seno la intelectual chilena retoma su experiencia al frente del proyecto historiográfico y reflexiona acerca de

las reconfiguraciones que sufrió a lo largo de los años. Particularmente en uno, “¿Diseñar la historia literaria hoy?”, Ana Pizarro enuncia observaciones que permiten repensar lo discutido en Campinas. Primero, la percepción de que el trabajo se realizó en un momento de transición para los estudios literarios: “... el trabajo que realizábamos se llevaba a cabo en el mismo ámbito en que lo sólido se desvanecía y el cuestionamiento ocupaba un lugar importante junto a las reformulaciones” (Pizarro, 2004, p. 42). Segundo, la referencia a una “generación del cambio”: un grupo de críticos constituido por Antonio Cornejo Polar, Martín Lienhard, Hugo Achugar, Domingo Miliani, Nelson Osorio, Beatriz Sarlo y ella misma, quienes retoman el legado latinoamericanista, pero en un contexto marcado por la recuperación democrática y el ascenso de las políticas de representación como asedio a los discursos de la modernidad.

Uno de los intelectuales que integran esta “generación del cambio” hace una lectura disímil y, en cierta medida, complementaria del mismo proceso de revisión de los ochenta. Ya hacia 1994, en su libro clásico *Escribir en el aire*, Antonio Cornejo Polar también subraya que la atención a la diversidad cultural de América Latina es el catalizador de las sucesivas transformaciones del pensamiento crítico en la región, pero contrasta el efecto de este proceso con las certidumbres y los objetivos de lo que él llama “el gran proyecto epistemológico de los 70” (Cornejo Polar, 2003, p. 8). Desde su punto de vista, el anhelo de construir una teoría literaria latinoamericana fracasa ante el progresivo descubrimiento de las diferencias culturales que imperan en el subcontinente. A diferencia de Pizarro, que lee una continuidad de largo plazo entre los sesenta y los noventa, Cornejo Polar postula un equívoco que termina por dismantelar por completo las aspiraciones iniciales.

Las posiciones de Antonio Cornejo Polar pautan que los caminos de la transformación no fueron lineales ni estuvieron libres de aporías, desvíos y apuestas, algo que se puede indagar al interior de *La literatura latinoamericana como proceso*. Pero el crítico peruano también traza otra operación igual o más relevante para el análisis del libro. En las páginas iniciales, construye un panorama del pensamiento crítico de las últimas décadas a través de la postulación de “tres grandes agendas problemáticas”. La primera es la concebida durante los sesenta, que adquiere un sentido comprometido y modernizador, en tanto se percibe parte de un proceso general de transformación de la sociedad y la cultura, acicateado por la esperanza revolucionaria. En el campo de la crítica, se trata de un momento de “acelerada y algo caótica modernización de su arsenal teórico-metodológico” (Cornejo Polar, 2003, p. 6). La segunda agenda adquiere rasgos identitarios y busca justificar la particularidad cultural latinoamericana a través de la elaboración de aquella teoría literaria propia invocada en la noción de “proyecto epistemológico de los 70”. La tercera se organiza en torno a la

“reivindicación de la heteróclita pluralidad que definiría a la sociedad y cultura nuestras”. Según Cornejo Polar, es una instancia en que la crítica revaloriza las creaciones étnicas y marginadas y produce una gama de conceptos y categorías que busca dar cuenta de los conflictos culturales en la región, en un esfuerzo colectivo que aúna elaboraciones tan disímiles como las de Rama, Mignolo, Lienhard, Carlos Rincón, Néstor García Canclini y él mismo.

Aunque el autor especifica que entre las tres agendas hay “obvios y densos entrecruzamientos”, la exposición se ordena como una progresión histórica. Pues bien, despojada de matices temporales y teleológicos, es posible tomar la conceptualización de Cornejo Polar para entender a *La literatura latinoamericana como proceso* en tanto entramado de sentidos en el que las tres agendas se superponen, conviven y discuten entre sí. Cada una de ellas construye un campo semántico que organiza los debates y a la vez motoriza las elaboraciones teóricas y metodológicas de la historia en construcción. Lo que el intelectual peruano ha concebido como etapas del discurso crítico latinoamericano, se puede pensar como programas diferentes: inquietudes e inflexiones críticas que se reformulan al entrecruzarse al interior de un proyecto, pensado a sí mismo como latinoamericanista, modernizador y heterogéneo.

En los siguientes apartados, entonces, se traza un examen de los debates de Campinas, organizado en tres bloques, que buscan reunir las intervenciones más relevantes y las operaciones claves del libro, vinculadas a cada una de las agendas postuladas por Cornejo Polar, sobre las que se vuelve con fines vindicativos, renovadores o polémicos.

LA AGENDA IDENTITARIA: LA LITERATURA LATINOAMERICANA, ENTRE LA UNIDAD Y LA DIVERSIDAD

El carácter latinoamericanista del tomo se pone de manifiesto en sus primeras páginas. Tras unos párrafos que reseñan el camino desde las reuniones de Caracas, el texto rescata el trabajo de colaboración tendido entre instituciones académicas de la región y explicita su confluencia con una idea bastante conocida de Ángel Rama, quien por esos años había postulado que América Latina es “un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización” (como se citó en Pizarro, 1985a, p. 10).

El prefacio resalta sobre todo el espíritu pragmático de la frase de Rama y la convicción de que escribir sobre América Latina es colaborar con su realización histórica:

Estamos convencidos, en efecto, de que realizar un trabajo cultural en nuestro continente, tanto en el campo del discurso simbólico como en el de su aprehensión conceptual, no es solo una forma de plasmar su expresión sino también una manera de construirlo. (Pizarro, 1985a, p. 10)

El tomo converge de esta manera en la voluntad latinoamericanista de la unidad regional y plantea sus hipótesis y descubrimientos como un aporte sustancial al “proyecto intelectual vanguardista”, en el cual los trabajos de Rama continúan las aspiraciones de otros dos referentes intelectuales: Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. En conjunto, son agrupados dentro de una “estirpe de soñadores rigurosos” que “creen en la utopía y vislumbran el camino de su realización” (Pizarro, 1985a, p. 10). Se construye así un linaje de figuras tutelares que han trazado un trabajo en torno a América Latina y su cultura, que el proyecto historiográfico pretende continuar.

Tal operación se enmarca, por lo tanto, en lo que años después se denominó “latinoamericanismo vernáculo”; es decir, un proyecto intelectual orientado por la integración de América Latina y la jerarquización del anclaje local en la constitución de la mirada crítica. El adjetivo se ha utilizado para demarcar esta inflexión de la producción académica norteamericana, llamada, en contraposición, “latinoamericanismo metropolitano”. Se trata de una elaboración que, hacia la década del noventa, adquiere impulso en el Norte global. El proceso de transnacionalización de los estudios latinoamericanos ha disparado un debate sobre el tema en el que participaron críticos como John Beverley, Nelly Richard, Juan Pobleto y Mabel Moraña, entre otros. Si bien tales discusiones implican giros teóricos (principalmente, los estudios culturales y poscoloniales) y circunstancias históricas (la caída del Muro de Berlín, el derrumbe del socialismo real, la expansión globalizadora del neoliberalismo) que son posteriores a la elaboración de *La literatura latinoamericana como proceso*, las críticas al latinoamericanismo “vernáculo” suponen una lúcida problematización de la sostenida apelación a los maestros, focalizada en los sentidos legitimadores de tal operación. Algunos trabajos que han revisado las polémicas sobre el asunto coinciden en que se trata de un discurso identitario centrado en la defensa de “la especificidad regional” (Ramos, 2015, p. 165), que reclama su autoridad interpretativa por estar anclado a determinadas coordenadas geográficas y articulado con ciertos reclamos históricos (Degiovanni, 2019, p. 5) y que utiliza la noción de identidad para neutralizar cualquier posible alteridad que ponga en duda su confluencia plena en la narrativa universal eurocéntrica (Rodríguez Freire, 2018, p. 248). Vale la pena anotar estos comentarios para captar en el libro de qué manera el malestar ante el imperativo identitario no deriva en una ruptura con la adscripción latinoamericanista, aunque sí obliga a certeras reformulaciones.

La centralidad de los autores clásicos del linaje se refrenda en la “Introducción”, también a cargo de Ana Pizarro (1985a). Bajo el subtítulo “Los problemas previos” se reseñan algunos elementos básicos para pensar la historia de la literatura latinoamericana. El primero de ellos es la misma noción de América Latina, que recupera nombres determinantes en la acuñación del término. En gran medida, el panorama se apoya en las reflexiones que Arturo Ardao (2019) desarrolla desde el semanario uruguayo *Marcha* y que hacia 1980 reelabora como libro en *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. De acuerdo con Pizarro, en el ámbito de los estudios literarios, el esquema inicial del latinoamericanismo de finales del siglo XIX fue debidamente corregido para incluir la producción de países cuyo idioma nacional no es el español, como Brasil y algunos países del Caribe, así como también para incorporar el legado indígena, tal como lo proponen, en distinto sentido, José Carlos Mariátegui y Raúl Haya de la Torres en el siglo XX.

Así se llega a una definición de la literatura latinoamericana en los siguientes términos: “Unidad diversificada, el discurso de la literatura latinoamericana no constituye sino la plasmación a nivel estético de la organización que estructura históricamente al continente y que se expresa en la cultura a través de toda una serie de mediaciones” (Pizarro, 1985b, p. 18). Varias cuestiones relativas al proyecto historiográfico se desprenden del enunciado. En primer lugar, hay una referencia a la idea de la literatura latinoamericana como “unidad y diversidad”, que se vuelve recurrente en todo el volumen. Una y otra vez, se recurre al sintagma para caracterizar las letras regionales como un conjunto que mantiene su coherencia y homogeneidad a pesar de las notas diferenciales de cada entorno nacional.

La idea es atribuida a José Luis Martínez, el crítico mexicano que participa de las reuniones de Campinas y que hacia 1972 publica su obra *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*. En el primer ensayo de la obra, el autor explica que la mentada unidad de las letras de la región se apoya en la lengua, el mestizaje cultural, el *tempo* y la sensibilidad, la situación histórica y el destino común de las naciones latinoamericanas (Martínez, 1972, p. 18). Hay una clara apuesta por la síntesis y una integración que lee la heterogeneidad cultural apenas como “notas” nacionales o dinámicas más específicas de ciertas “áreas culturales”, cuya relevancia no alcanza a cuestionar el rasgo unitario de la literatura latinoamericana, estrechamente anudado a un proceso de toma de conciencia y autoafirmación identitaria (Martínez, 1972, p. 26). Al cotejar fechas e índices, resulta que José Luis Martínez no solo publica su libro el mismo año que sale editado *América Latina en su literatura*, sino que incluye un capítulo de su autoría en la compilación de 1972, titulado justamente “Unidad y diversidad”, por lo que se puede concluir que, desde entonces, la definición circula intensamente en

el discurso crítico latinoamericano para andamiar la unidad y minimizar lo disímil. Ahora bien, lo peculiar de su uso en *La literatura latinoamericana como proceso* es que la frase deviene un ideograma que busca conciliar la mirada integradora propia de los sesenta y setenta con una percepción alternativa de lo diverso, que ya no es conceptualizado en Campinas como mera nota marginal, sino como elemento constituyente, tanto de la creación literaria como de la mirada crítica sobre su devenir histórico. La apelación al ideograma, entonces, ilustra la tensión dada entre la agenda identitaria y la revisión propuesta en las jornadas.

De la frase de Pizarro, además, se desprenden otros dos sentidos, uno ligado al linaje latinoamericanista clásico y otro a las perspectivas más renovadoras. Tras la palabra “plasmación”, se comprueban los ecos de la famosa frase de José Martí acerca de la ligazón entre independencia política, unidad cultural y creación literaria en la región, así como también la tesis contenida en el título de una de las obras más importantes de Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, que plantea que el mayor desafío literario en el subcontinente consiste en dar con un lenguaje propio que logre representar su realidad histórica. La frase de Pizarro se apropia así de la inaugural hipótesis martiana: las letras latinoamericanas expresan estéticamente un proceso histórico de emancipación y desarrollo y, por lo tanto, conciben como representación de una realidad y una identidad colectiva previa: la latinoamericana. Este costado más tradicional —y problemático— de la definición se complementa, empero, con otro elemento que permite romper con la noción especular que es central en la agenda identitaria. El apunte acerca de una “cultura” que se construye mediante una “serie de mediaciones” instaura una distancia opaca y compleja entre hechos históricos y escritura literaria que rompe con la ecuación martiana y reconoce la posibilidad de diálogos más productivos entre literatura, sociedad e historia. Además, traza una operación notoria para leer las proposiciones de *La literatura latinoamericana como proceso*: postular a las letras como un discurso inserto junto a otros en el entramado más general de la cultura, lo que empuja a un trabajo interdisciplinario que abandone los métodos clásicos de la filología y el estructuralismo para ensayar una lectura de materiales heteróclitos, en la cual el canon culto dialoga de forma mucho menos jerarquizada con otras realizaciones culturales colindantes.

Entre las certezas del latinoamericanismo y las inquietudes de la diversidad, los diferentes autores abrevan en la agenda identitaria con estrategias variables y resultados singulares. Por ejemplo, Ana Pizarro y Carlos Pacheco escriben “Aprehender el movimiento de nuestro imaginario social”, un capítulo que demuestra cómo dos críticos asociados a la llamada “generación del cambio” recuperan el legado integrador. El texto se inicia con el balance de la reunión de Caracas de 1982. A

sus miras, el logro más importante del encuentro anterior fue orientar el proyecto como “una labor de vocación latinoamericanista” (Pacheco y Pizarro, 1985, p. 68). La figura de Henríquez Ureña vuelve a destellar como un modelo intelectual, en particular, por su forma de pensar la historia de la literatura latinoamericana como un elemento de autoconocimiento y autoconciencia. Desde este punto de vista, la elaboración de la historia no solo presenta un valor en términos de conocimiento, sino cultural y político, en tanto participa del esfuerzo por construir la unidad de la región y alcanzar una expresión propia.

El ideologema vuelve a aparecer, en parte como recuperación de la confianza en la unidad concreta, en parte como respuesta ante ciertas cuestiones literarias y culturales que los propios autores advierten en su texto. Muchas de ellas se condensan en torno a los problemas historiográficos planteados a lo largo de las discusiones. Pacheco y Pizarro pasan revista a tres orientaciones teóricas que consideran limitadas a la hora de periodizar la literatura latinoamericana. Una es denominada la “lectura fragmentadora” e implica la organización de las manifestaciones literarias según una estricta cronología. Otra es la “lectura nacionalista”, que construye un panorama a partir de la sumatoria de las diferentes literaturas nacionales. Pero la orientación que mayores consecuencias tiene en la idea de la unidad es la “lectura selectiva”, entendida por los autores como un recorte clásico —y arbitrario— en la historiografía vigente, que privilegia ciertos materiales y excluye a otros. En algunos casos, el dispositivo adquiere resonancias en lo social y lo político: la jerarquización de los autores canónicos y sus críticos, la marginación de los sujetos subalternos. ¿Cuáles son las creaciones que han quedado por fuera de la historia de la literatura latinoamericana? Las “manifestaciones populares e indígenas” y la oralidad, por un lado; las producciones escritas en idiomas europeos distintos al español, por el otro. Es decir, la nueva historia debe conceptualizar, incluir y analizar productos literarios y culturales que exceden los límites de la literatura culta — hasta entonces el exclusivo objeto de estudio de la historiografía— y asimismo de la tradición hispanoamericana —que instala la lengua como criterio de unidad para demarcar las letras latinoamericanas—. La operación es audaz y ambiciosa, porque condiciona un trabajo de investigación capaz de vincular y ordenar sobre un mismo desarrollo temporal no solo las literaturas de todos los países de lengua castellana, de Brasil y del Caribe francés, inglés y neerlandés, sino también las elaboraciones indígenas, populares y orales. Se entiende entonces cómo el ideologema de la unidad y la diversidad funciona como una suerte de dique ante el desafío. Ya no es apuesta por la síntesis y el mestizaje, como lo propuso Martínez; ahora es también contención precaria ante el asedio de diferencias hasta entonces reprimidas.

LA AGENDA MODERNIZADORA: ENTRE LA “HISTORIA POSIBLE” Y EL COMPARATISMO

Un repaso por la bibliografía de *La literatura latinoamericana como proceso* echa luz sobre las fuentes y los referentes teóricos sobre los que se remonta la tentativa renovadora.

Pacheco y Pizarro citan principalmente a Mariano Picón Salas y Pedro Henríquez Ureña, a los que se suman algunos de los presentes en el evento, como Rama, Antonio Candido y Rafael Gutiérrez Girardot. El gesto no es de extrañar si se tiene en cuenta la inserción latinoamericanista del capítulo. Lo que sí llama la atención son las referencias a Felix Vodicka y a Áron Kibédi Varga: el primero, un referente del estructuralismo checo y discípulo de Jan Mukarovsky; el segundo, un autor volcado hacia el estudio de la literatura francesa y la relación entre literatura y artes. Ambos son citados por sus trabajos específicos en el ámbito de la historiografía literaria. Por lo tanto, se puede deducir que, para Pizarro y Pacheco, la revisión de la mirada histórica está vinculada con ciertas reflexiones ligadas a la semiótica estructural y a las literaturas comparadas de cuño europeo.

Por otro lado, el texto Antonio Candido no presenta ningún aparato bibliográfico, sino que se despliega como recorrido por ciertos problemas de la literatura brasileña. El capítulo escrito por Ángel Rama presenta un perfil semejante, con la sola excepción de tres notas al pie, que refieren a los trabajos de Anna Balakian, en tanto modelo de trabajo comparatista; al libro sobre la conquista de Tzevan Todorov —por su estudio de las cartas de Indias desde la cuestión de la otredad—; y a una obra de Lilyan Keseeloot sobre literatura africana en lenguas francesas. Los tres textos están citados en lengua original y, por sus años de edición, revelan una atenta lectura por parte de Rama de la producción crítica contemporánea. Y algo más: la cuestión de las letras africanas abre un diálogo entre los estudios latinoamericanos y aquellas otras regiones periféricas que también se encuentran en trance de repensar sus tradiciones literarias y los vínculos entre sí y con las metrópolis.

Los trabajos de José Luis Martínez y de Rafael Gutiérrez Girardot presentan miradas específicas sobre objetos de estudio muy puntuales, por lo que las anotaciones bibliográficas adquieren un alcance más focalizado. El mexicano cita numerosos trabajos monográficos sobre los códices aztecas, mientras el colombiano aborda problemas de historiografía hispanoamericana a través de un copioso repaso por ensayos españoles, apoyado por trabajos en alemán sobre las ideas románticas sobre nación, literatura e historia. Por último, el texto de Pizarro sobre el Caribe añade a la constelación teórica el nombre de Édouard Glissant, el escritor martiniqués que ha devenido un referente en la reflexión sobre la cultura caribeña. La consideración de un artículo suyo es relevante

porque manifiesta el único diálogo del libro con un autor de esa región latinoamericana que resulta imperativo incorporar a la historia de la literatura latinoamericana.

Hasta aquí, se podría señalar que la agenda modernizadora no adquiere un alto grado de ruptura o sofisticación en relación con sus fuentes teóricas. No aparecen referencias a los trabajos del posestructuralismo francés, la deconstrucción o los estudios culturales anglosajones. Algunas omisiones llaman la atención en este sentido: por ejemplo, la ausencia de lecturas o comentarios sobre la obra de Silvano Santiago, quien, ya hacia 1978, publica *Uma literatura nos trópicos*, la colección de textos que incluye su ensayo “O entre-lugar do discurso latino-americano”, un trabajo clave por su temprana recepción del pensamiento de Jacques Derrida en la región, así como también por la reivindicación de una escritura latinoamericana liberada de dispositivos identitarios. Quizás la presencia de Candido y Roberto Schwarz, como representantes de cierto sector de la crítica literaria brasileña —de cuño sociológico y refractaria a los planteos posestructuralistas— pueda explicar en parte la elisión de Santiago. En todo caso, se revela que ni sus propuestas ni las de la teoría literaria europea más contemporánea han sido tenidas en cuenta en el proceso de actualización conceptual desplegado por el proyecto. Lo mismo sucede con las proposiciones de los estudios culturales anglosajones.

La ponencia que exhibe mayor ánimo renovador es la escrita por Domingo Miliani (1985), quien continúa con sus esfuerzos por construir y fundamentar una mirada historiográfica atenta a vocabularios teóricos pocos frecuentados por el discurso crítico latinoamericanista. El artículo que publica en *La literatura latinoamericana como proceso* retoma el enfoque y la entonación ya desplegados en la reunión de Caracas, donde enuncia el concepto de “comparatismo contrastivo”, que tanta importancia tiene en los debates del proyecto. Así, Miliani, a diferencia de los demás autores, inicia su trabajo con un apartado teórico en el que elabora un estado de la cuestión sobre la historia literaria en general y latinoamericana en particular.

Luego de las debidas citas a autores transversales en el volumen, como Henríquez Ureña, Rama o Gutiérrez Girardot, se establece un determinado panorama teórico, que permite reformular la interpretación histórica de las letras regionales. Miliani (1985) incluye en este horizonte los siguientes aportes: “el formalismo ruso, la semiología checa de Mukarovsky, la moderna semiótica —especialmente italiana y soviética— y la novísima estética de la recepción crítica del texto” (p. 98). Y agrega que uno de los autores más trascendentes en el ámbito latinoamericano es Walter Mignolo, quien ha pensado la literatura desde coordenadas conceptuales más recientes y productivas a lo largo

de su libro *Elementos para una teoría del texto literario*, de 1978. El otro colega que se destaca por su innovadora percepción del fenómeno literario en la región es Carlos Rincón, que indaga la reformulación de géneros y las herramientas críticas para interpretar las creaciones recientes más inasibles en su obra *El cambio en la noción de literatura* (1978).

Tras esbozar la constelación teórica desde la que se proyecta su mirada crítica, Miliani (1985) define su tentativa como “una semiótica de la comunicación textual con carácter pragmático, [y] parte de una sociología de la cultura” (p. 101). Por ende, se puede afirmar que sus propuestas están pautadas por una concepción semiológica de la literatura, que permite inscribir la creación verbal como parte de una producción cultural más amplia, en la que ingresa como “macro-signo”, posible de ser analizado, contextualizado e historizado. El principal referente teórico para el estudio de la literatura que aparece en las notas al pie es el lingüista y semiólogo ruso Iuri Lotman.

Estos gestos bibliográficos de Domingo Miliani constituyen el único texto de la obra que fundamenta de manera concisa cómo trabajar con la diversidad cultural en el marco del proyecto historiográfico. Su apelación a las ideas de Lotman y a la semiología estructural funcionan como cifra para integrar las producciones orales, indígenas, populares y las literaturas escritas en otros idiomas europeos y americanos a la historia literaria en construcción. Al transformar las creaciones en signos, Miliani rompe con las fronteras idiomáticas y disciplinares y hace crujir las dicotomías dadas entre lo culto y lo popular, lo occidental y lo indígena. El carácter disruptivo de sus tesis resalta sobremanera en las reuniones de Campinas, como el año anterior lo habían hecho en las de Caracas (Gómez, 2021, p. 28). Allí, el autor había titulado como “la historia posible” a cualquier proyecto historiográfico que aceptara el desafío de la diversidad y la necesidad de reformular objetos y metodologías. Pues bien, su intervención en *La literatura latinoamericana como proceso* es un aporte sobresaliente en el diseño de la “historia posible”, en tanto incorpora enfoques teóricos y arriesga varias proposiciones que se filtran en las intervenciones de los demás críticos, aunque de forma poco explícita.

Como se ha observado, la renovación tan mentada no está cifrada en la bibliografía. Más bien, la mayor innovación del proyecto frente a sus antecedentes es la apropiación del método comparativo como perspectiva de investigación. Inicialmente, la operación se explica por el origen institucional de la tentativa, que se inserta en la *Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas*, de la Asociación Internacional de Literatura Comparada. El consenso acerca de la adopción del método no estuvo exento de polémicas, ya que varios críticos en las jornadas de Caracas expresaron sus

desacuerdos ante lineamientos disciplinares demasiado estrictos y moldeados a partir de las letras metropolitanas. Candido y Cornejo Polar, entre otros, señalaron, además, que ellos bogaban por un proyecto latinoamericanista que intentara una nueva ordenación de las letras regionales desde una perspectiva propia, por lo que el comparatismo se debía adaptar a las necesidades de la historia literaria y no al revés. Luego de varios contrapuntos y de la intervención de Domingo Miliani, quien propuso la noción de “comparatismo contrastivo” como forma de apropiación crítica del método, la perspectiva quedó aceptada e instalada como uno de los ejes del proyecto. Por lo tanto, en *La literatura latinoamericana como proceso*, la reflexión sobre el tema es más precisa y permite detectar nuevos matices en la mirada comparatista.

Por ejemplo, Ángel Rama celebra el enfoque y puntualiza que escribir una historia de la literatura latinoamericana desde el comparatismo no solo es algo inédito, sino revolucionario. Semejante calificación se desprende de las serias limitaciones en la formación de los críticos e investigadores de la región. Según el uruguayo: “no existen en América equipos intelectuales suficientemente desarrollados en los estudios comparativos” (Rama, 1985, p. 85). De hecho, más adelante puntualiza que él mismo no se considera un comparatista, sino un estudioso de distintos aspectos de la literatura regional. Pero lo que hace todavía más significativa la tarea es que el comparatismo, con su operación elemental de asociar y contrastar diferentes fenómenos literarios, permite integrar de manera definitiva las creaciones brasileñas a la literatura latinoamericana, un anhelo de larga data para la praxis intelectual de Rama.

Pacheco y Pizarro retoman esta faceta integradora del método y la articulan con la noción de “comparatismo contrastivo”, al que entienden como una reformulación crítica que evidencia tanto el ideologema de la unidad en la diversidad, como el vínculo entre lo latinoamericano y lo universal. Es decir, el trabajo comparativo funciona para ligar las diferentes instancias de realización de las historias de las literaturas nacionales mediante la identificación de confluencias, semejanzas, intercambios y contrastes; a la vez, se focaliza en cómo la producción local se apropia de tendencias y movimientos estéticos y culturales del ámbito internacional. Por otro lado, en su exposición, Antonio Candido (1985) coincide con tales definiciones y reflexiona sobre el rol de Brasil ante la empresa comparatista. Por un lado, el crítico resalta que su inclusión en la historia de la literatura responde no solo a cuestiones disciplinares, sino ideológicas, por lo que reivindica el ánimo integrador más allá de la solidez de su fundamentación. Por el otro, ilustra la potencialidad del comparatismo contrastivo con un breve caso brasileño, la recepción de Baudelaire entre los simbolistas del siglo XIX.

El “comparatismo contrastivo” es asediado de una forma más detenida en las intervenciones de Ana Pizarro en la “Introducción”. Allí, refuerza la opción metodológica y la fundamenta con ciertas condiciones propias de la literatura en América Latina: una variedad cultural que impele al ejercicio comparatista; las diferencias lingüísticas que expresan cómo similares fenómenos literarios han sido abordados a través de diversas lenguas; la ubicación geopolítica del subcontinente, que condiciona un diálogo asimétrico con las metrópolis culturales y propicia las reinversiones heterodoxas. Ante la historiografía literaria previa, el comparatismo contrastivo implica una superación, ya que permite dejar atrás aquellos modelos basados en una única lengua, en la sumatoria de literaturas nacionales o en la expresión de una identidad unitaria y trascendente (Pizarro, 1985b, p. 56).

En este punto, vale la pena cotejar esta apuesta metodológica con el enjuiciamiento trazado por Françoise Perus (2019), quien plantea que el proyecto de Ana Pizarro refleja las dificultades y desilusiones de un enfoque crítico que no logra una renovación sustancial de la historia de la literatura latinoamericana. Según esta interpretación, los coloquios organizados por Pizarro ejemplifican una confusión conceptual y una falta de solidez argumentativa al sustituir el análisis de los textos por una adopción complaciente de perspectivas metropolitanas, carentes de fundamentación teórica. La autora explica así sus limitaciones: “[el] proyecto nace de un encargo y de la proyección de concepciones *a priori*, provenientes del ámbito internacional y de los debates a menudo generales y abstractos en torno de la modernidad y la posmodernidad imperantes en dicho ámbito” (Perus, 2019, p. 98). Por lo que hemos analizado, el enunciado no dialoga de forma convincente con los contenidos de *La literatura latinoamericana como proceso*; lejos de avanzar con imposiciones lejanas, modas teóricas o miradas abstractas, los textos e intervenciones de Campinas revelan un esfuerzo por modelar categorías y perspectivas a partir del estudio concreto de los textos literarios y el devenir histórico de las letras en la región.

En suma, los matices con los cuales los autores enriquecen la opción comparatista demuestran la intersección entre la agenda identitaria y la modernizadora: el llamado “comparatismo contrastivo” implica en simultáneo integración cultural y actualización metodológica. Es herramienta para la utopía y también para la renovación de la crítica. Y lo que es más importante, de acuerdo con la mirada latinoamericanista: se concibe a partir de problemáticas locales como una reformulación nacida al ritmo de las discusiones y las investigaciones ya en curso sobre la diversidad cultural. Ante este último punto, el de la heterogeneidad, el “comparatismo contrastivo” también es pensado como recurso válido para comprender y estudiar lo disímil sin perder de vista la unidad.

LA AGENDA DE LA HETEROGENEIDAD: EL SINUOSO DESAFÍO DE LO DIVERSO

En la “Introducción” del libro, Pizarro enumera una serie de cuestiones promovidas por la definición misma de “literatura latinoamericana” y los debates que suscita los límites de su construcción como objeto. ¿Qué hacer con la producción de los intelectuales exiliados “recientes”, que empiezan a publicar en inglés, rumano, francés? ¿Cómo pensar las elaboraciones de los chicanos y latinos migrantes, instalados en Estados Unidos y “situados ellos también entre dos lenguas y dos culturas” (Pizarro, 1985b, p. 14)? ¿Qué operaciones tender para abrir las letras del subcontinente hacia el plurilingüismo y la diversidad cultural del Caribe? ¿De qué manera incorporar a la historia literaria la literatura indígena?

La cuestión de la literatura de los exiliados repone una tesitura política al proyecto, ya que varios de los intelectuales involucrados han sufrido o sufren el exilio a causa de persecuciones ideológicas en sus respectivos países. Es posible, entonces, captar el sesgo autobiográfico del tema, mediante el cual los críticos que escriben y publican fuera de América Latina construyen un espacio de enunciación que trasciende el anclaje territorial y habilita una circulación internacional de saberes sin renegar del ideario latinoamericanista. Por otro lado, la atención sobre los migrantes en Estados Unidos revela un fenómeno histórico y social de irrefutable relevancia para pensar la cultura de la región. Las creaciones de los “chicanos” e “hispanos” rompen con los límites imaginarios de una cultura concebida en oposición a la “América sajona”. La cuestión, por lo tanto, reviste un sentido decisivo para la redefinición del objeto de estudio e involucra de forma radical el tema de la diversidad, en tanto pone en juego sujetos, lenguas, espacios, linajes².

No obstante, se trata de un camino que no es seguido en las reuniones de Campinas. Ninguno de los autores recupera el tema o se refiere a él en las discusiones de la “Introducción” ni en los capítulos subsiguientes. Se pueden considerar al menos dos explicaciones para la omisión. La primera es puramente especulativa: se podría deducir que se trata de una observación individual de Ana Pizarro que fue agregada en la edición del libro y que, por lo tanto, no formó parte de las discusiones del evento, sino de las propias inquietudes de la autora en instancias posteriores. La segunda posibilidad subraya la tensión en la agenda identitaria: a la crítica latinoamericanista le cuesta lidiar

² En el ámbito de los estudios latinoamericanos, las reflexiones sobre la cultura chicana adquieren un impulso significativo tras la publicación de *Borderlands / La frontera*, de Gloria Anzaldúa, en 1987. No obstante, el campo de los estudios chicanos se desarrolla en la academia norteamericana desde los setenta y adquiere mayor impulso en la década siguiente, cuando investigadores y activistas intervienen con notable impacto en el campo de las humanidades, las artes y la política (Szurmuk y McKee Irwin, 2021, p. 57).

con la idea de una cultura regional que también se construye al norte del río Bravo y que desestabiliza su identidad más clásica, ya que se consolida en un tipo de diálogo con la cultura norteamericana que excede con creces la polémica militante o la prédica antiimperialista. Ante el desafío, pareciera primar el silencio.

En contraposición, la pregunta sobre el Caribe se establece como un tópico recurrente en el libro. Una de las figuras que se muestran más animadas al respecto es Ángel Rama, quien le dedica al tema la primera de sus sugerencias para el proyecto. Su propuesta concreta es dividir la creación literaria caribeña según las diferentes lenguas y dedicarle un capítulo de la historia a las literaturas escritas en francés, inglés y, si es posible, en neerlandés, en función de establecer el ejercicio comparativo con las letras de la misma área escritas en español. Ana Pizarro es la otra intelectual que hace más hincapié en la cuestión caribeña. Tanto es así que considera indispensable la adición de un capítulo extra sobre el tema a *La literatura latinoamericana como proceso*. En el prefacio explica la decisión: “Agregamos también un trabajo nuestro sobre las relaciones de América Latina con el Caribe, con el fin de tratar esta dimensión que parecía insuficientemente cubierta en las discusiones de la reunión” (1985a, p. 10). La frase es reveladora, debido a que transparenta que la cuestión caribeña, una de las apuestas críticas más destacadas del proyecto, tuvo escaso eco tangible en las discusiones de Campinas. En otras palabras: si el Caribe se instala como uno de los ejes de la agenda heterogénea que atraviesa la obra, es a causa de la insistencia intelectual de Rama y de la operación editorial de Pizarro.

El otro gran tema de la agenda de la heterogeneidad es el que orbita en torno las literaturas indígenas, cuyo tratamiento en la reunión de Caracas ya había generado encendidos debates. En Campinas, la cuestión adquiere suma relevancia, porque el asunto aparece como una de las mayores exclusiones de la historiografía literaria latinoamericana que el proyecto pretende corregir y compensar. Hay un consenso acerca de que la crítica ha diseñado un corpus literario que se limita al más estricto orbe de las letras cultas, por lo que es menester atravesar los límites de la ciudad letrada y leer materiales culturales que han sido marginados por décadas. En ese sentido, las tres agendas se superponen, ya que, más allá de la atención por la diversidad, insertar la creación indígena en la historia literaria demanda tanto una orientación identitaria que priorice confluencias y contactos para sellar una unidad no excluyente, como una actualización metodológica que fundamente el abordaje específico de productos ausentes en la narrativa histórica.

En la “Introducción” al volumen, Ana Pizarro apunta: “El interés por lo indígena es una especie de recurrencia que se textualiza a lo largo del proceso de la literatura latinoamericana” (1985a, p. 25), una frase que permite vislumbrar la operación crítica que se urde en el libro para incorporar la creación nativa. Quien lleva la delantera en esto es, nuevamente, Ángel Rama. En las discusiones que se abren en el encuentro, el intelectual traza un axioma: no se puede seguir pensando las literaturas indígenas como realizaciones fosilizadas que funcionan como una suerte de preámbulo de la historia literaria. Su ubicación en un tiempo pretérito ha sido un dispositivo para marginarlas que se apoyó en el determinismo cronológico para mantenerlas aisladas y silenciadas. El nuevo proyecto historiográfico, entonces, debería mantener una posición diametralmente opuesta, ya las investigaciones eruditas y las reflexiones crítica más contemporáneas muestran que tales creaciones han mantenido un diálogo constante, complejo, ambivalente, conflictivo con las letras cultas a lo largo de los siglos. De esta manera, la pregunta que surge es cómo estudiarlas en conjunto, en términos históricos y comparativos.

Rama despliega, entonces, una argumentación a partir de otro enunciado taxativo: “... Las literaturas indígenas son un producto de la cultura europea sobre los materiales existentes” (como se citó en Pizarro, 1985b, p. 26). El escepticismo ante la posibilidad de interpretar la creación indígena como literatura autónoma, legítima y plena es evidente: desde su perspectiva, no hay forma de entender sus sentidos literarios y culturales si no es como una apropiación de la cultura dominante, a la que pertenecen los propios miembros del equipo latinoamericano. Rama justifica su posición apelando a las reflexiones de José Carlos Mariátegui, quien señalaba que el indigenismo es obra de blancos y de mestizos, mientras que las creaciones propiamente indígenas permanecen por fuera de la cultura letrada. La historización que deriva de tales premisas distingue tres periodos que delimitan el proceso de apropiación y vínculo de lo latinoamericano con lo indígena: el primer momento es el de la inaugural recuperación de legados y tradiciones por parte de religiosos y eruditos, como Sahagún, en tiempos de la conquista y la colonia; el segundo es el de la reconstrucción documental de archivo y su sistematización por parte de críticos, historiadores y especialistas entre el siglo XIX y el XX; el tercer momento remite a la contemporaneidad, cuando un puñado de narradores apelan a lenguas y cosmovisiones indígenas para revitalizar la cultura latinoamericana e integrar elementos de gran anclaje en las comunidades interiores del subcontinente.

No cuesta demasiado vincular este último momento con las reflexiones del mismo Rama sobre la transculturación narrativa, dedicadas a interpretar una serie de obras de mediados de siglo como productos culturales que renuevan la novela latinoamericana mediante el trabajo con las culturas

indígenas. Tanto los sentidos de la narrativa transculturadora como esta acepción de indigenismo parecen sepultar todo atisbo de autonomía de las literaturas indígenas, que son encadenadas a un proceso de diferenciación condenado al fracaso. Concluye Rama:

El indigenismo es un drama que seguimos pasando de generación en generación y sobre esto yo no creo que a pesar de todo José María Arguedas o Augusto Roa Bastos sean otra cosa que literaturas europeas, literaturas europeas americanas se entiende: el enclave la organización del material tiene que ver con los patrones literarios de nuestra época... La literatura está siempre incorporando elementos de diversa procedencia, pero yo creo que el esquema es el de las literaturas europeas americanas. A pesar del esfuerzo, creo que sigue siendo novela latinoamericana. (como se citó en Pizarro, 1985b, p. 27)

Los límites de la apertura son elocuentes: las producciones originarias solo ingresan a la historia de la literatura latinoamericana enajenadas y sometidas bajo un esquema eurocéntrico que las considera como materiales despojados de significación propia cuando no se posan sobre ellas las operaciones intelectuales de la cultura dominante. Esta operación tan problemática de Ángel Rama sobre el tema, que muestra con claridad su enfoque eurocéntrico y colonial, ha sido debidamente cuestionada por Uruguay Cortazzo (2015), quien indaga las consecuencias ideológicas y sociales de su mirada, a la que relaciona con la inflexión blanca y criolla de un latinoamericanismo que racializa y silencia los aportes indígenas. No obstante, se podría matizar parte del enunciado al recuperar tanto la decisión editorial del uruguayo de incluir varios tomos de las literaturas indígenas en la Biblioteca Ayacucho (la colección de clásicos dirigida por él en Venezuela), como las reflexiones que el crítico sostiene en su ensayo “Un pueblo en marcha” sobre el término “América Latina” y la marginación de las poblaciones indígenas y africanas que la misma noción supone (Rama, 2022, p. 175)³.

De la misma manera, es apropiado recalibrar el enjuiciamiento sumario a partir de una consideración más atenta de la totalidad del proyecto historiográfico y los debates de Caracas, donde la inclusión de lo indígena no solo no fue profundizada como en Campinas, sino que no llegó ni siquiera a instaurarse como parte de las indicaciones del “Informe Final”, que terminó por postergar de manera indefinida cualquier orientación puntual al respecto. Algo similar se podría decir acerca de la mayor parte de las demás intervenciones en el volumen: salvo dos excepciones, ninguno de los investigadores presentes ensaya un abordaje de las literaturas indígenas ni se detienen a calibrar la cuestión. Quizás la ausencia de Cornejo Polar en el encuentro debilitó tal posibilidad. Lo cierto es que la intervención de Ángel Rama es la única que enfrenta con tanto detalle la problemática. La

³ El texto funciona como introducción para el libro *Der lange Kampf Lateinamerikas. Texte und Dokumente von José Martí bis Salvador Allende*, publicado hacia 1981, en Frankfurt. El prólogo circuló en idioma alemán hasta su inclusión en el volumen *América Latina: un pueblo en marcha*, una compilación de ensayos latinoamericanistas escritos por Ángel Rama desde 1965.

observación ayuda a iluminar, además, el estado de la cuestión hacia principios de los ochenta y permite afirmar que, si bien cierto sector de la crítica literaria latinoamericana se siente interpelado por la cuestión de la diversidad, las propuestas para estudiarla son limitadas y continúan lidiando con una tradición letrada que dota al gesto inclusivo de una buena dosis de etnocentrismo.

Los únicos dos autores que de alguna manera matizan o complementan las ideas de Rama son José Luis Martínez y Domingo Miliani. El primero lo hace con un texto sobre los códices mexicanos que demuestra, de hecho, que existe una creación estética indígena que ha sido debidamente documentada, investigada e interpretada desde hace décadas. La bibliografía aportada lo confirma y pone en entredicho la imagen de “materiales en bruto”, a los cuales solo se accede bajo el precio de forzar sus sentidos. No obstante, no hay alusiones directas o indirectas al parecer de Rama. Como el libro no recoge los intercambios orales entre los presentes, queda planteada la duda acerca de la posición puntual de Martínez ante las tesis de su colega uruguayo. Si bien aquí se resalta el contrapunto, también es posible establecer una suerte de complementariedad entre las posturas, puesto que el texto del mexicano se focaliza en la época precolombina y se abstiene de referencias a las creaciones más contemporáneas, que son aquellas sobre las cuales Rama hace mayor referencia. En todo caso, la omisión revela las tensiones no resueltas entre los especialistas ante este objeto de estudio tan inasible.

Algo similar sucede el segundo autor que retoma la cuestión, Domingo Miliani. El crítico también se concentra en las producciones indígenas de la época previa a la conquista y consigna que las mismas tienen como principal rasgo cultural el haber sido cultivadas por las élites nativas en forma de literaturas fonemizadas: “Eran, pues, literaturas “cultas”, pero no encajaban en la concepción europocéntrica [sic]” (Miliani, 1985, p. 104). A continuación, celebra los logros de la lírica náhuatl y registra los trabajos de una distinguida cohorte de autores que se ha dedicado a estudiar con rigor las literaturas indígenas: Miguel León-Portilla, Ángel María Garibay, Jesús Lara, Adrián Rencinos y Demetrio Sodi, entre otros. Su veredicto es prístino: hay corpus, hay bibliografía, hay especialistas. No hay nada que justifique continuar dejando afuera de la historización a la producción literaria indígena, sostiene Miliani, quien tampoco explicita su disenso con Rama, a pesar de la evidente distancia que existe entre una posición y la otra.

En términos generales, los dichos del intelectual uruguayo se imponen y las directrices de su pensamiento se adoptan en el “Informe Final” del libro como orientaciones generales para el tratamiento de las literaturas indígenas, en sus tres momentos de apropiación letrada. Apenas hay

lugar para una breve concesión, que no se desarrolla, para el caso de los códices y otros materiales que pueden ser vistos como sistemas autosuficientes, más allá de la comprensión letrada. Sin embargo, la definición no da lugar a dudas y se expresa como glosa de las ideas de Rama (1985): las literaturas indígenas, concluye el libro, son consideradas como “un hecho literario observado en la dinámica de su apropiación por parte del ámbito cultural occidental” (p. 140).

Una lectura global del libro aporta una reflexión adicional, quizás todavía más significativa. La agenda de la heterogeneidad parece focalizada en dos tópicos: el Caribe (que explora sobre todo las diferencias idiomáticas) y las literaturas indígenas (que condensa los conflictos culturales derivados de la conquista). No hay intervenciones, debates ni posiciones sobre las culturas populares ni mucho menos sobre la cultura de masas. Más allá de breves digresiones acerca de la literatura de cordel y los corridos mexicanos, el proyecto historiográfico no parece contemplar el estudio de otras manifestaciones culturales vinculadas a las sociedades urbanas contemporáneas en plena transformación. Ninguna de las agendas toma nota de las recientes elaboraciones sobre comunicación y cultura masiva ni responde a la pregunta sobre qué es y cómo se entiende lo popular. Algo similar se comprueba con lo oral, cuya problemática consideración es mentada mas no explorada. Lo anterior no se debe entender como un reproche anacrónico, sino como una anotación de relieve para pensar las transformaciones de la crítica literaria de la época: incluso los proyectos que se piensan a sí mismos como renovadores se encuentran todavía en trance de procesar el impacto de una diversidad cultural radicalmente entendida.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El recorrido por las agendas nos vuelve a remitir a las palabras retrospectivas de Cornejo Polar hacia 1984 para comprobar que, en efecto, la percepción de la diversidad cultural latinoamericana funcionó como catalizador de cambios y reformulaciones para la crítica literaria latinoamericana. Lo hizo no sin dificultades, dudas, limitaciones e incertidumbres.

La aspiración modernizadora tropieza con una lectura muy restringida de las teorías literarias en boga durante la época. La mayor parte de la bibliografía citada pertenece al discurso crítico latinoamericano, con predilección por autores clásicos y por otros cuyas posiciones son cercanas a los intelectuales convocados en la reunión. Es decir, críticos que plantean una perspectiva atenta a los vínculos entre la literatura y la sociedad. Muchos de ellos se identifican con posiciones de izquierda y han estado involucrados en los debates culturales de los sesenta y los setenta, por lo que

el horizonte teórico no se expande mucho más allá de estas coordenadas ideológicas. Por otro lado, la adopción del método comparativo y su reinvención a partir de las particularidades latinoamericanas es un paso adelante en la agenda modernizadora que abre puertas hacia investigaciones sobre las letras de la región más allá de las literaturas nacionales, tal como lo demuestran tentativas contemporáneas que recuperan y actualizan la noción de “comparatismo contrastivo” (Croce, 2023).

A su vez, la agenda identitaria acusa el impacto del encuentro con lo disímil. La percepción de la existencia de una multiplicidad de sistemas literarios vulnera la solidez de toda concepción unitaria. Si algo queda claro en los debates es que dar cuenta de la historia de la literatura latinoamericana implica un trabajo con múltiples temporalidades, dinámicas y discursos. Y que esa misma faena descoloca la noción de identidad como eje de la crítica latinoamericanista, lo que marca un distanciamiento ante las posturas más clásicas del linaje, desde Martí en adelante. Es cierto: todavía se utiliza el ideograma de la unidad en la diversidad, pero su uso exhibe menos potencialidad crítica que desgaste de la totalidad.

Finalmente, la agenda heterogénea irrumpe y se impone como el gran aporte del libro a las transformaciones en la crítica literaria latinoamericana de principios de los ochenta. A pesar de los serios problemas señalados en torno a un tratamiento todavía letrado y eurocéntrico de las literaturas indígenas; a pesar de una retórica que considera las creaciones orales y populares pero que, en términos concretos, no logra abordar tales materiales ni conceptualizarlos; a pesar de la sobresaliente omisión de la cultura de masas; aun así, con todos estos reparos, que son muchos y significativos, las reuniones de Campinas marcan un hito trascendental en la conformación de un discurso crítico porque liquidan la definición de la literatura latinoamericana como un canon recortado sobre las letras cultas y se permite mirar por fuera de la ciudad letrada, para habilitar nuevos diálogos, corpus y objetos de estudio.

Escrito esto, no se puede sobredimensionar su impacto, que debe ser *comparado* y *contrastado* con otros textos críticos y fenómenos culturales fundamentales de la época. Se trata de un tarea distinta e indispensable, que la presente investigación pretende continuar en siguientes instancias. No obstante, tras el análisis de los materiales, se puede afirmar que la superposición de agendas problematizadoras y las respuestas parciales que se brindan ante tamaño desafío intelectual refuerza la significación de *La literatura latinoamericana como proceso* en la investigación historiográfica y comparatista. Y, sobre todo, en la manera de entender las literaturas latinoamericanas, cuyo plural

comienza a ser cada vez más significativo desde aquellas jornadas de octubre de 1983, que orientan y sostienen el proyecto historiográfico de Ana Pizarro y sus colegas.

REFERENCIAS

- Ardao, A. (2019). *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Universidad Nacional Autónoma de México. <https://doi.org/10.22201/cialc.9786073015042p.2019>
- Candido, A. (1985). Exposición de Antonio Candido. En A. Pizarro (Coord.), *La literatura latinoamericana como proceso* (pp. 78-84). Centro Editor de América Latina.
- Cornejo Polar, A. (2003). *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar”.
- Cortazzo, U. (2015). Racismo y crítica literaria. *Caderno de Letras*, 25, 141-153. <https://doi.org/10.15210/cdl.voi25>
- Degiovanni, F. (2018). *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*. University of Pittsburgh. <https://doi.org/10.2307/j.ctv8jporz>
- Croce, M. (2023). *Comparatismo contrastivo. Manual para una práctica urgente*. Vera Cartonera.
- Fernández Moreno, C. (Ed.). (1972). *América Latina en su literatura*. Unesco-Siglo XXI.
- Gómez, F. (2021). Entre el comparatismo y el latinoamericanismo: debates en torno a una posible historia de la literatura latinoamericana. *Anales de la Universidad Central del Ecuador*, 379, 17-37. <https://cutt.ly/TeSl5FRw>
- Gramuglio, M. T. (2013). Literatura comparada y literatura latinoamericana: un proyecto incompleto. En *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina* (pp. 374-385). Municipal de Rosario. <https://cutt.ly/neSl6Qlo>
- Maíz, C. (2013). Entrevista con Ana Pizarro: Las redes de la crítica literaria y la gestación del proyecto de una historia de la literatura latinoamericana. *Cuadernos del CILHA*, 14(8), 167-180. <https://cutt.ly/NeSl6iQu>
- Martínez, J. L. (1972). *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*. Joaquín Mortiz.
- Mignolo, W. (1994-1995). Entre el canon y el corpus: Alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina. *Nuevo Texto Crítico*, 7(14/15), 23-36. <https://doi.org/10.1353/ntc.1994.0027>
- Miliani, D. (1985) Historiografía literaria: ¿períodos históricos o códigos culturales? En A. Pizarro (Coord.), *La literatura latinoamericana como proceso* (pp. 98-112). Centro Editor de América Latina.
- Pacheco, C. y Pizarro, A. (1985). Aprender el movimiento de nuestro imaginario social. En A. Pizarro (Coord.). *La literatura latinoamericana como proceso* (pp. 67-77). Centro Editor de América Latina.

- Perus, F. (2019). *Transculturaciones en el aire (en torno a la cuestión de la forma artística en la crítica de la narrativa hispanoamericana)*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pizarro, A. (1985a). Prefacio. En A. Pizarro (Coord.) *La literatura latinoamericana como proceso*. (pp. 9-11). Centro Editor de América Latina.
- Pizarro, A. (1985b). Introducción. En A. Pizarro (Coord.) *La literatura latinoamericana como proceso* (pp. 13-67). Centro Editor de América Latina.
- Pizarro, A. (2004). ¿Diseñar la historia literaria hoy? En *El sur y los trópicos* (pp. 41-53). Universidad de Alicante.
- Rama, Á. (1985). Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración. En A. Pizarro (Coord.). *La literatura latinoamericana como proceso* (pp. 85-97). Centro Editor de América Latina.
- Rama, Á. (2022). *América Latina: un pueblo en marcha*. Fundación Darcy Ribeiro-Tucán.
- Ramos, J. (2015). 1998: Genealogías del Panamericanismo y del Latinoamericanismo. En *Latinoamericanismo a contrapelo. Ensayos de Julio Ramos* (pp. 159-176). Universidad del Cauca.
- Rodríguez Freire, R. (2018). La quimera del origen o sobre los límites idealistas de la crítica “latinoamericanista”. En J. A. Mazzotti (Ed.), *Cornejo multipolar. Antonio Cornejo Polar y la crítica latinoamericana* (pp. 246-234). Revista de Crítica Literaria Latinoamericana.
- Szurmuk, M. y McKee Irwin, R. (2021). Borderlands. En B. Colimbi (Coord.), *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina* (pp. 57-68). CLACSO. <https://doi.org/10.2307/j.ctv2cxx938.7>